

EL ESPIRITU DE CRITICA Y EL PENSAMIENTO SOCIAL DE FEIJOO

I. LA ACTITUD CRITICA

Los mismos que vivieron la experiencia ilusionada y contradictoria del siglo XVIII, los mismos que contribuyeron a darle la fisonomía que en una Historia de la mentalidad europea ofrece, bautizaron a la época de «siglo de la razón» y de «siglo de las Luces». Tal vez ninguna manera de llamarla se le acomode tan ajustadamente como la de «siglo de la crítica». Es cierto que el vocablo «crítica» se había introducido en las primeras décadas de la centuria anterior, apareciendo en un autor como Lope, tan poco crítico en el sentido ilustrado que después tomaría la palabra. Pero en el XVIII se produce en ese término un desplazamiento semántico muy importante y, además, en el campo léxico del XVIII, conoce una difusión grande. La frecuencia de su empleo es probablemente mucho mayor que en ningún otro período de antes o de después, hasta llegar a nuestros días.

«Cincuenta años ha, y aún menos —comentaba Feijoo en 1745 (1)—, que ni aun en las más cultas asambleas se oían jamás las voces de crítica, sistema y fenómeno, y hoy están atestados los pueblos de críticos, sistemáticos y fenomenistas.» La novedad, sobre todo en el aspecto de su amplia difusión, dará lugar a que se ironice sobre ella, como lo harán Sarmiento y Codornú, y en una segunda etapa, Forner, Iriarte, Sempere Guarinos, etc. (2). Todos, sin embargo, se rendirán ante una actitud —y, por tanto, ante la voz con que se la expresa— que define el espíritu del tiempo en que viven y escriben. Todos se emplearán en ella. Unos harán la crítica de la práctica de gobierno y de la política de una sociedad, como Campillo y tantos más; otros, de sus métodos e instituciones de enseñanza, como Torres Villarroel o como Mayáns; otros, del estado de las «clases», o mejor, de los grupos sociales que la integran, al modo de Campomanes, Trigueros, Jovellanos, Meléndez

(1) *Cartas Eruditas*, t. II, carta XVIII (en adelante citaremos esta obra por las iniciales C. E.)

(2) Algunas referencias pueden verse en J. Castañón: *La crítica literaria en la prensa española del siglo XVIII*, Madrid, 1973.

Valdés o Cienfuegos; otros, de su literatura, bien en la línea de Luzán o en la de los PP. Mohedano, o del teatro, como Moratín; otros, del modo de hacer la historia, tema que ocupa al P. Flórez o a Jacinto Segura; otros, de la imagen entera de un país que en esa historia se pretende reflejar, dando como resultado el amplio panorama de esa *Historia crítica de la cultura española*, que concibe y publica Masdéo. Y de ahí se llegaría, en la apertura del horizonte a considerar, a postular la «crítica de la nación», según escribe Cadalso; o de todo «un siglo», que inspira a Forner. Pues bien, sobre el inagotable repertorio de tareas críticas que el siglo XVIII emprende, destaca singularmente la obra llevada a cabo por Feijoo. Además de la crítica que personalmente realizó en los dieciséis volúmenes de sus discursos, cartas y otros escritos, hay que poner en su cuenta la que promovió en todo el país; además de la masa de comentarios polémicos que su obra levantó (sólo de impugnadores se han relacionado cerca de cincuenta), hay que dar entrada entre las consecuencias de la obra feijoniana al espíritu de crítica que insufló en la primera prensa dieciochesca española —el *Diario de los Literatos*, *El Duende Crítico*, el *Memorial histórico y literario*, etc. Para comprender esto último, basta una ojeada a la exposición sistematizada que de esa prensa ha hecho, en fecha aún reciente, Paul Guinard (3).

Desde una edad temprana tiene Feijoo el instinto de desconfiar de muchas cosas que ha oído decir, de creencias sobre fenómenos naturales que recibe del medio social entorno; asume una actitud de crítica de lo vulgarmente recibido; revela una inclinación a observar y anteponer los resultados de su experiencia personal. Todo ello, en cierto modo, está en el XVI y es más bien calificable de pre-científico; ¿era esto, sin embargo, una predisposición a desarrollar ya la obra de revisión crítica y de difusión científica que emprenderá más tarde? Delpy parece darlo por supuesto (4); sin embargo, no escribe nada hasta después de sus cincuenta años, cuando la lectura de muchos libros ha transformado esa actitud originaria espontánea y la ha convertido en una actitud reflexiva, impregnada de pretensión científica, sobre un ámbito general. De Feijoo se explica, contando con la evolución que acabamos de indicar, su profunda diferencia con otros escritores, más o menos calificables de críticos, al modo del tiempo. Delpy insiste en aproximar las figuras de éste y de Torres Villarroel suponiendo que pueden ponerse en la misma línea las críticas de uno y de otro a la enseñanza universitaria del momento y a algunos otros puntos. Sin embargo, con sólo pensar en lo que hubo de ser la ense-

(3) *La Presse espagnole de 1737 a 1791*, París, 1973.

(4) *L'Espagne et l'esprit européen. L'oeuvre de Feijoo*, París, 1936.

ñanza de las matemáticas por Torres en la Universidad de Salamanca, se comprende la disparidad de los objetivos de uno y otro. Dejándose llevar de su fantasía, Delpy añade que Torres es más español por sus fuentes, la de Torres no se puede comparar con la buena información de Feijoo sobre los escritores del XVI; también lo sería por sus caprichos (esta es una apreciación demasiado subjetiva para tomarla en cuenta); y finalmente, por su prosa quevedesca (no es más española la lengua de Quevedo que la de Luis de León, Cervantes o Gracián).

Se comprende que en su momento Feijoo asumiera el papel del gran espíritu crítico en todo el ámbito español. Así nos lo hace ver lo que de él dice el P. Antonio Goyeneche en el prólogo al tomo V del *Teatro Crítico* (1732) (5). Y lo recuerda el P. Antonio Codornú, cuando en 1760 le dedica su obra *Dolencias de la crítica*.

Pero de «crítica» en el XVIII se habla, por lo menos en un triple sentido, en los cuales se ejerce la actividad de Feijoo; primero, como juicio sobre el gusto literario, en la medida en que se ajusta rectamente a unos patrones establecidos (en este sentido, artículos como «El no sé qué» y otros pasajes exhumados por A. Peers, nos hacen ver que Feijoo no se sentía atraído por un excesivo rigor neoclasicista en la materia); segundo, en cuanto cuidadoso estudio sobre la veracidad de los documentos que el cultivador de materia histórica maneja (en su carta refutando el *Discurso* de Rousseau sobre las Artes y las Ciencias se sitúa en un punto de vista que nos hace comprender que la Crítica es necesaria, pero no suficiente: en los argumentos del ginebrino, dice, «no hay en todos ellos más que un continuado trastorno de Historia y de Crítica. Los hechos, ya se ha visto con cuán poca fidelidad están enunciados. Pero, aun cuando su relación hubiese sido la más ajustada a la verdad, nada probarían, y aquí está el defecto de la Crítica») (6); en tercer lugar, crítica es suspender la aceptación de un conocimiento de las cosas a los resultados de un riguroso y libre examen racional. «La Crítica o juicio de las cosas», escribía, un poco de pasada, el P. Flórez (7); pero el P. Flórez —por propia determinación de los límites de su obra— se quedaría en documentalista, y de ahí, tal vez, el alejamiento entre él y Feijoo, que se lanzaría hacia otras vías, buscando otros objetivos.

Como esa actualidad y difusión del concepto de crítica tenía su origen en Francia (con raíces en la centuria anterior), recordemos la definición que de ella daba (1718) *L'Europe Savante*: «el arte de juzgar

(5) «Sobresaliente en todo, especialmente en el uso de la crítica, que es un arte de juzgar bien —todo el resto de este prólogo tiene mucho interés para comprender cómo se juzgaba el papel del «Teatro Crítico Universal», que «siempre y a todos está abierto»

(6) C. E., t. IV, carta 18.

(7) *Clave historial*. Cito por la ed. de Madrid, 1786 (XII edición).

de la verdad de los hechos, de la autoridad de los documentos, de los manuscritos, de las tradiciones, de los libros y de sus autores; de aclarar los lugares oscuros y restituir los pasajes corrompidos» (8). Esta definición está, sin duda, construida sobre el modelo del trabajo en laboratorios, en archivos, en bibliotecas. Sobre todo ello trabajó Feijoo, en mayor o menor, o tal vez en mínima medida. Pero su campo de observación sería mucho mayor. Su crítica alcanza de lleno todo el campo de la vida social, incluido en él, claro está, la ciencia o filosofía.

Creo que hay que reconocer —como algunas veces se ha hecho— una correlación entre espíritu crítico y espíritu burgués. Esto no sólo porque los individuos contagiados de la mentalidad burguesa se sientan menos solidarios del orden social recibido y de los saberes tradicionales que éste ha promovido en su apoyo, sino porque de tiempos pasados, y muy particularmente del siglo o siglo y medio precedentes —con sus crisis (trastornos económicos, sanitarios, religiosos, bélicos)—, este grupo de individuos tipificados como burgueses no ha sacado una experiencia tranquilizadora y satisfactoria. Por ello busca emplear su capacidad crítica precisamente a fin de descubrir un suelo firme en el que se puedan asentar sólidamente la economía, la ciencia, la religión, la paz exterior y general entre las naciones (que preocupa a Feijoo, a Saint-Pierre o a Kant); finalmente, el orden político, porque la verdad es que, sobre todo con motivo de las guerras que vuelven a estallar hacia mediados de siglo, queda claro que hay que atender críticamente a la esfera de las decisiones de los gobiernos si se quiere garantizar un orden seguro. Se impone, pues, esta ecuación: Crítica = seguridad, método y objetivo que se proyectan en todos los terrenos.

II. EMPLAZAMIENTO SOCIAL DE FEIJOO

Dada la neta filiación sociológica de estos dos conceptos en juego, nos hemos de ocupar, aunque sea brevemente y por vía de introducción, del emplazamiento social de Feijoo. Al plantearnos el tema de la figura social de un escritor ilustrado, hemos de hacer referencia a la más adecuada tipificación del mismo, según los caracteres de una «clase» o de un grupo definido en la nueva estructura de la sociedad que, entre grandes dificultades, va coagulando. No es ya suficiente decir, en un caso como el de Feijoo: es un monje, pertenece al estado eclesiástico. También pertenecían a él el P. Palanco o el P. Soto Marne,

(8) L. Belozubov: *L'Europe Savante. 1718-20*, Paris, 1968.

y, no obstante, su distancia ideológica respecto a Feijoo era kilométrica. Entonces, o hay que aceptar que la ideología no tiene nada que ver con el estado social, o hay que admitir que la calidad de religioso podía no ser, y efectivamente no era, en muchos casos, la definitiva condición de una catalogación social. Tal era el caso, bien conocido, de tantos abates franceses. Tal era, con diferencias incuestionables, el del P. Feijoo y algunos más de su tipo. Por eso, la caracterización que de él hace Campomanes (9) no concuerda con la de ningún otro religioso de cualquier tiempo anterior, y las calidades que en él destaca se corresponden más bien con las de la figura del «hombre en sociedad», tan representativa de la mentalidad dieciochesca.

En un libro sobre la época de las Luces en el que predomina el punto de vista británico, P. Smith sostiene que «ciertas invenciones importantes cambian el equilibrio económico y social, dando la riqueza y el saber a una nueva clase, lo que tiene por efecto debilitar a las antiguas clases privilegiadas» (10). Es discutible conceder a la técnica el papel de factor determinante de todo cambio social, y específicamente del que supuso la Ilustración. Habría que discutir también si en un país como Francia, que capitanea el movimiento de las Luces, la revolución industrial, en la primera mitad del XVIII, había llegado a niveles que permitieran esperar un cambio social de tales dimensiones. Evidentemente, no. Ni la agricultura, ni las manufacturas conocen transformaciones técnicas y económicas que expliquen la importancia de las novedades ideológicas —aunque demos por admitido que también hasta 1740 éstas fueran de menor volumen de lo que a veces se ha dicho—. Hasta la segunda mitad del XVIII no hay en Francia innovaciones en el campo de las actividades productoras que ofrezcan alguna trascendencia. En España, claro está, la respuesta negativa al planteamiento de Smith ha de ser más rotunda. La recepción de invenciones, el volumen de innovaciones que se introducen, son mínimos. Pero más bien, no sólo no es ésta la última razón de la débil consistencia social del movimiento ilustrado —por cuanto no habría permitido ello el desplazamiento de la riqueza y el saber a otras capas—, sino que nos atrevemos a proponer un planteamiento inverso. Me inclino a suponer que la inmovilización social que se impuso con el Barroco impidió un desarrollo suficientemente enérgico de la corriente ideológica innovadora, presente, desde luego, en España, pero de alcance corto y escasa resistencia. Ello no permitió sacar más partido de esa nueva ideología. Con lo cual no pretendo decir que la Ilustración sea

(9) He recogido este texto, con otros igualmente ilustrativos de la estimación de la figura de Feijoo, en mi trabajo «El primer siglo XVIII y la obra de Feijoo», II Simposio sobre el P. Feijoo y su siglo. Oviedo, octubre 1976.

(10) *The Enlightenment 1687-1776*, Nueva York, 1962, p. 175.

un puro movimiento de ideas. Estas remitían a planos ulteriores y anteriores, en los que jugaron fuertes factores materiales, los cuales en España habían sido manifiestamente endebles.

En la lógica de la historia está que, con cierta alternancia, toque a los factores ideológicos (admitamos provisionalmente llamarlos supraestructurales) la condición de causa, y así sucedió en el XVIII. Esto nos obligará siempre a ensayar, respecto a España, interpretaciones de carácter social que no se atengan estrictamente a la definición económica y técnica de la burguesía, sin dejar por ello de reconocer las notas de una mentalidad de significación burguesa en sus protagonistas. Mas esta imagen social, que en España presenta una acusada manifestación, es, en mayor o menor medida, reconocible en los demás países europeos, respecto a los cuales la posición de España cuando empieza a diferenciar más es precisamente en la segunda mitad del siglo, esto es, a partir del reinado de Carlos III.

Parece, sin embargo, aceptable la tesis de que un grupo no formalizado de gentes de procedencia estamental diversa, pero reunidos por la posesión de una cultura (penetrada de una cierta dosis de elementos de secularización y de mecanización), gentes cultas que sobre esta base pueden llegar a relajar y aun a cortar sus vínculos con su estamento de origen, aparece con el propósito de tomar en sus manos la dirección de los cambios. Podemos llamarles burgueses, sin llegar a atribuirles una definida y sólida conciencia de tales. En medida mayor o menor, se hallan en condiciones de difundir su peculiar mentalidad y llevan consigo, como sucede siempre en tales casos, un nuevo cuadro de valores y aspiraciones. Pero ni esto tiene en ninguna parte, por tales fechas, un desenvolvimiento continuo y rectilíneo (se ha querido simbolizar en tres obras que se suceden en el teatro de Beaumarchais las fases de arranque, de ilusión y de desesperanza en el proceso de la burguesía francesa) (11), ni las nuevas formas culturales que de ello derivan son obra de individuos tipificables económicamente como burgueses. No nos es aprovechable una pura definición económica de burguesía, en la cual incluso marxistas, como Pierre Vilar, se han empeñado. Hablemos de la mentalidad (no hay una mentalidad sin entronque estructural) propia de gentes que, de una u otra manera, aparecen en una nueva postura. Sin duda, esa mentalidad procede de la cultura asumida en virtud de unas condiciones de movilidad social dadas que les permiten promover a quienes la han alcanzado un programa de crítica y acabar provocando una serie de reformas. Reformas —hay que aceptarlo así— antes que nada en el plano de la enseñanza

[11] Se trata de *Le Barbier de Seville* (1775), *Le mariage de Figaro* (1784) y *La mère coupable* (1790). Véase Goulemont y Launay: *Le Siècle des Lumières*, París, 1968, pp. 220 y ss.